

que el placer desnudo. Tiene apetitos, pero tiene refinamientos. Se interesa en la exterioridad de las cosas, pero pide que sean perfectas. Las bellas formas que contempla en las obras de sus grandes artistas, no hacen más que destacar las figuras vagas que llenan su cabeza y contentar los instintos sordos que están amasados en su corazón.

CAPÍTULO V

Las condiciones secundarias

(Continuación)

Nos queda por saber por qué ese gran talento pictórico ha tomado como asunto principal al cuerpo humano, por qué experiencias, por qué costumbres, por qué pasiones los hombres estaban preparados para interesarse en los músculos, por qué en ese gran campo del arte sus ojos se han vuelto preferentemente hacia las figuras sanas, fuertes, activas, que las edades siguientes no han sabido volver á encontrar ó han copiado nada más que por tradición.

Para esto, después de haberos expuesto el estado de los espíritus, voy á tratar de mostraros la especie de los caracteres. Por el estado de los espíritus se entiende el género, el número, la calidad de ideas que se hallan en una cabeza humana; son de ella en cierto modo el mobiliario. Pero el mobiliario de una cabeza, como el de un palacio, cambia sin mucho trabajo; sin tocar al palacio se pueden poner en él otras colgaduras, otros aparadores, otros broncees, otras alfombras; de igual modo, sin tocar á la estructura interior de un alma, se puede poner en ella otras ideas; un cambio de condición ó de educación basta para ello: según que el hom-

bre es ignorante ó letrado, plebeyo ó noble, sus ideas son diferentes. Hay, pues, en él, algo de más importancia que las ideas, es su estructura misma, quiero decir, su carácter; en otros términos, sus instintos naturales, sus pasiones primordiales, la grandeza de su sensibilidad, el grado de su energía; en resumen, la fuerza y la dirección de su resorte interior. Para haceros ver esta profunda estructura de las almas italianas, voy á mostraros las circunstancias, las costumbres, las necesidades que la han producido: la comprenderéis mejor por su historia que por su definición.

El primer rasgo que entonces se nota en Italia, es la falta de una paz antigua y estable, de una justicia exacta y de una policía vigilante como á la que estamos acostumbrados aquí. Nos cuesta algún trabajo representarnos ese exceso de ansiedad, de desórdenes y de violencias. Estamos hace demasiado tiempo en el estado contrario. Tenemos tantos gendarmes, que nos inclinamos á encontrarlos más incómodos que útiles. Aquí, cuando se reúnen quince personas en la calle para ver un perro que se ha roto una pata, llega un hombre bigotudo y nos dice: «Señores, los grupos están prohibidos; dispérsense.» Esto nos parece excesivo, gruñimos y olvidamos tener en cuenta que esos mismos hombres bigotudos dan al más rico y al más débil la seguridad para pasearse solo y sin armas á las doce de la noche en las calles desiertas. Suprimámosles con el pensamiento y figurémonos un mundo en el que la policía sea impotente ó indiferente. Se encuentran países semejantes en la Australia, en América; por ejemplo, en esos placeres en donde los buscadores de oro acuden en masa y viven al azar sin formar todavía un Estado organizado. Ahí, si se teme ó si se recibe un golpe

ó un insulto, en el momento se dispara el revólver sobre el concurrente ó sobre el adversario. Este responde, y á veces se mezclan los vecinos. A cada instante hay que defender sus bienes ó la vida, y el peligro está ahí, brutal, repentino, que acosa al hombre por todas partes.

Tal era, poco más ó menos, hacia el año 1500, el estado de cosas en Italia; en ella no se conocía nada parecido á ese gran gobierno que, perfeccionado entre nosotros desde hace cuatro siglos, considera como su deber más elemental el de conservar á cada uno, no solamente sus bienes y su vida, sino aun su descanso y su seguridad. Los príncipes de Italia eran unos pequeños tiranos que, por lo común, habían usurpado el poder por asesinatos, envenenamientos, ó por lo menos por violencia y traiciones. Naturalmente, su única preocupación era la de conservar ese poder. En cuanto á la seguridad de los ciudadanos, no proveían en nada á ella. Los particulares debían defenderse ellos mismos, y además hacerse justicia ellos mismos; cuando se tenía algún deudor demasiado recalcitrante, cuando se encontraba en la calle algún insolente, cuando se consideraba á un hombre peligroso ú hostil, se encontraba muy natural desembarazarse de él cuanto antes.

Los ejemplos abundan, y no tenéis más que recorrer las Memorias del tiempo para ver lo arraigada que estaba esta costumbre de violencias privadas y de llamamientos á sí mismo.

«El 20 de Septiembre hubo—dice Estéfano de Infessura—un gran tumulto en la ciudad de Roma, y todos los comerciantes cerraron sus tiendas. Los que estaban en sus campos ó en sus viñas volvieron á toda prisa, y todos, lo mismo ciudadanos que extranjeros, tomaron sus armas, porque se afirma-

ba como cosa cierta que el papa Inocencio III había muerto.»

El lazo tan débil de la sociedad se rompía; se volvía al estado salvaje; cada uno se aprovechaba del momento para desembarazarse de sus enemigos. Notad que en tiempo ordinario, las vías de hecho, por ser menos frecuentes, no eran menos sanguinarias. Las guerras privadas de la familia de los Colonnas y de la familia de los Orsinis se extendían alrededor de Roma; esos señores tenían hombres de armas y convocaban á sus aldeanos; cada bando devastaba las tierras del enemigo; cuando se hacía una tregua, se rompía bien pronto, y cada jefe, abrochando su *giacco*, enviaba á decir al Papa que su adversario era el agresor.

«En la misma ciudad se hacían muchas muertes de día y de noche; apenas si pasaba un día sin que se matase á alguien... El tercer día de Septiembre, un tal Salvador atacó á su enemigo, el señor Beneaccaduto, con el que estaba, sin embargo, en paz bajo una caución de quinientos ducados.»

Esto significa que habían depositado ambos quinientos ducados, que debían ser perdidos por el primero que violase la tregua. Era una cosa habitual la de garantizar de ese modo la fe jurada; no había otro medio para preservar un poco la paz pública. Se encuentra en el libro de gastos de Cellini la nota siguiente escrita de su letra: «Anoto que hoy, 26 de Octubre de 1556, yo, Benvenuto Cellini, he salido de la cárcel y he hecho con mi enemigo una tregua de un año. Cada uno de nosotros ha suministrado una caución de trescientos escudos.» Pero una garantía de dinero es débil contra la violencia del temperamento y la ferocidad de la costumbre. Es por lo que Salvador no

pudo abstenerse de atacar á Beneaccaduto. «Le dió dos estocadas y le hirió mortalmente, de manera que murió de ellas.»

Aquí, los magistrados, demasiado retados por el delito, intervienen y el pueblo se mezcla en ello, poco más ó menos como hoy en California cuando se practica la ley de Lynch. En los sitios nuevamente poblados, cuando los asesinatos son ya demasiado numerosos, los negociantes, las personas respetables, los hombres importantes de la ciudad, acompañados de todas las gentes de buena voluntad, van á la prisión, cogen á los culpables y los ahorcan en el acto. De igual manera, «el cuarto día, el Papa envió á su vicecamarero, con los «conservadores» y todo el pueblo, para destruir la casa de Salvador. La destruyeron, y el mismo día 4 de Septiembre, Jerónimo, hermano del citado Salvador, fué ahorcado», probablemente porque no habían puesto la mano sobre Salvador mismo. En esas ejecuciones tumultuosas y populares, cada uno responde por los suyos.

Hay cincuenta ejemplos semejantes; los hombres de ese tiempo están habituados á las vías de hecho, y hablo, no solamente de las gentes del pueblo, sino de los personajes que, siendo de alto rango ó de gran cultura, debían, me parece, ejercer algún dominio sobre sí mismos. Cuenta Guichardini que un día Tribulcio, gobernador del Milanesado por el rey de Francia, mató con su propia mano en el mercado á algunos carniceros que, «con la insolencia común en gentes de esa especie, se oponían á la elevación de los derechos de que no habían sido exentos». Estáis acostumbrados hoy á ver en los artistas gentes de mundo, ciudadanos tranquilos y muy capaces de llevar bien por la noche el frac y la corbata blanca. En las

Memorias de Cellini, los hallaréis tan belicosos, tan dispuestos al asesinato como soldados de aventura. Un día los discípulos de Rafael toman la resolución de matar al Rosso, porque éste, que tenía muy mala lengua, había hablado muy mal de Rafael, y el Rosso toma el partido prudente de marcharse de Roma; después de tales amenazas, un viaje era urgente. La menor razón basta entonces para matar un hombre. Cellini cuenta además que Vasari tenía la costumbre de llevar las uñas muy largas, y que un día, acostándose con su aprendiz Manno, «le arañó una pierna con sus manos, creyendo rascarse á sí propio, por lo cual Manno quería decididamente matar á Vasari». El motivo era ligero. Pero en ese momento, el hombre es tan fogoso, tan acostumbrado á los golpes, que la sangre se le sube en seguida á los ojos y que él se precipita hacia adelante. Un toro da primero con los cuernos; él da primero con su puñal.

También los espectáculos que á diario se tienen en Roma ó en sus alrededores son atroces: los castigos parecen los de una monarquía de Oriente. Contad, si podéis, los asesinatos de ese hermoso y espiritual César Borgia, hijo del Papa y duque de Valentinois, del que veréis el retrato en Roma en la galería Borghese. Es un hombre de gusto, gran político, aficionado á las fiestas y á la conversación fina; su talle fino está metido en un jubón de terciopelo negro; sus manos son perfectas, tiene la mirada tranquila de un gran soñador. Pero sabe hacerse respetar, y con sus propias manos, con la espada, con el puñal, arregla sus asuntos.

«El segundo domingo—dice Burckharn, camarero del Papa—un hombre enmascarado, en el Borgo, dijo palabras ofensivas contra el duque de Valentinois. Habiéndolo sabido el duque, le hizo coger;

se le cortó la mano y la parte inferior de la lengua, que fué atada al dedo pequeño de la mano cortada», sin duda para hacer un ejemplar. Otra vez, como los «tostadores» de 1799, «las gentes del mismo duque suspendieron por los brazos á dos viejos y ocho viejas, después de haber encendido fuego debajo de sus pies, para hacerles confesar dónde estaba el dinero escondido, y éstos, no sabiéndolo ó no queriéndolo decir, murieron en dicha tortura».

Otro día el duque hizo traer al patio de palacio unos condenados, *gladiandi*, y él mismo, revestido de sus más hermosos trajes, ante una asistencia numerosa y escogida, los atravesó á flechazos. «Mató también, bajo el manto del Papa, á Perotto, que era favorito de Alejandro VI, de tal manera, que la sangre saltó á la cara del Papa.» Se mataban mucho en esa familia. Ya había hecho atacar á estocadas á su cuñado, y el Papa hacía cuidar al herido; pero el duque dijo: «Lo que no se ha hecho al comer, se hará al cenar.» Y un día, el 17 de Agosto, entró en el cuarto, cuando ya el muchacho se levantaba, é hizo salir de él á su mujer y á su hermana, y después, habiendo llamado á tres asesinos, hizo estrangular á dicho muchacho.

Además de eso mató á su propio hermano, el duque de Gandía, é hizo arrojar el cuerpo al Tiber. Después de diversas investigaciones, se descubrió á un pescador que estaba en la orilla en el momento del atentado. Y como se le preguntara por qué no había dicho nada al gobernador de la ciudad, respondió «que no había creído que valiese la pena»; porque en su vida había visto tirar en diferentes noches más de cien cuerpos en el mismo sitio, sin que nadie jamás se hubiese preocupado de ello.

Ciertamente que los Borgia, esa familia privilegiada, parecían tener un gusto y un talento par-

ricular para el envenenamiento y el asesinato; pero encontraréis, en los pequeños Estados italianos, gran número de personajes, príncipes y princesas, que son dignos de haber sido sus contemporáneos. El príncipe de Faenza, habiendo motivado los celos de su mujer, ésta escondió debajo de la cama á cuatro asesinos; cuando él llegó á acostarse, los lanza contra él; pero se defiende vigorosamente; entonces ella se lanza fuera de la cama, coge un puñal que estaba atado á la cabecera, y va ella misma á matar á su marido por la espalda. Por este hecho es excomulgada, y su padre ruega á Lorenzo de Médicis, que tiene gran influencia con el Papa, que interceda para que le levanten las censuras eclesiásticas, alegando, entre otros motivos, que tiene «la intención de proveerla de nuevo marido». En Milán, el duque de Galeazzo es asesinado por tres jóvenes que acostumbraban á leer á Plutarco; uno de ellos fué muerto en la acción y su cadáver arrojado á los cerdos; los otros, antes de ser descuartizados, declararon que habían dado ese golpe porque «el duque no solamente pervertía á las mujeres, sino que todavía publicaba su deshonor»; y porque «no solamente mataba á los hombres, sino que les hacía morir en suplicios refinados». En Roma, el papa León X estuvo á punto de ser matado por sus cardenales; su cirujano, pagado por ellos, debía envenenarle haciendo la cura de su fistula; el cardenal Petrucci, principal instigador de ello, fué condenado á muerte. Si se estudia la casa de los Malatesta en Rímni, ó la casa de éste en Ferrara, se encuentran las mismas costumbres de asesinato y de envenenamiento hereditarias. En fin, si consideráis una ciudad que parece un poco mejor regulada, Florencia, cuyo jefe, un Médicis, es un hombre inteligente, liberal, honrado, encon-

traréis allí golpes de mano armada tan salvajes como los que acabáis de oír. Por ejemplo, los Pazzi, irritados de ver todo el poder en manos de los Médicis, se conjuraron con el arzobispo de Pisa para asesinar á los dos Médicis, Julián y Lorenzo; el papa Sixto IV era cómplice. Escogieron el momento de la misa en Santa Reparata, y la señal convenida fué la elevación de la hostia. Uno de los conjurados, Bandini, mató á puñaladas á Julián de Médicis, y Francesco dei Pazzi se encarnizó después con el cadáver con tanta furia, que se hirió él mismo en un muslo; mató después á un amigo de la casa de los Médicis. Lorenzo fué herido, pero era valiente; tuvo él tiempo de sacar su espada y enrollar su manto al brazo á modo de rodela; todos sus amigos se agruparon en derredor suyo y le protegieron con sus espadas á con sus cuerpos, de modo que pudo retirarse á la sacristía. Sin embargo, los demás conjurados, con el arzobispo á la cabeza, en número de treinta, habían sorprendido al ayuntamiento para tomar posesión del gobierno. Pero el gobernador, al posesionarse de su cargo, había tenido el cuidado de hacer disponer las puertas de manera que, una vez cerradas, no podían volverse á abrir desde dentro. Los conjurados fueron cogidos como en una ratonera. El pueblo se armaba por todos lados y acudía. Se apoderaron del arzobispo y le ahorcaron revestido de sus hábitos pontificales al lado de Francesco dei Pazzi, el primer instigador de la conjura; el prelado, en su rabia, moribundo y ahorcado como estaba, se agarró al cuerpo de su cómplice y le mordió la carne furiosamente. «Unas veinte personas de la familia de los Pazzi fueron al mismo tiempo destrozadas, del mismo modo que otras veinte de la familia del arzobispo, y se ahorcaron sesenta personas á las

ventanas del palacio.» Un pintor, del que os he contado la historia, Andrea de Castagno, otro asesino, que decían había matado á un amigo para robarle la invención de la pintura al óleo, fué el encargado de pintar esta gran ejecución, de donde le vino más tarde el nombre de «Andrea el de los ahorcados».

No acabaría si quisiera contaros las historias del tiempo que están llenas de rasgos semejantes; sin embargo, he aquí una que escojo todavía, porque el protagonista volverá dentro de poco á entrar en escena y porque el narrador es Maquiavelo:

«Habiendo quedado huérfano y niño Oliveretto de Fermo, fué educado por uno de sus tíos de la línea materna llamado Giovanni Fogliani. Después aprendió el oficio de las armas bajo sus hermanos. Como tenía talento natural y era muy dispuesto y fuerte de cuerpo y de corazón, fué en poco tiempo uno de los primeros hombres de su tropa. Pero juzgando que era una vileza permanecer confundido con los demás, resolvió, con la ayuda de algunos ciudadanos de Fermo, apoderarse de la ciudad, y escribió á su tío diciéndole que habiendo permanecido muchos años fuera de su patria, quería volver para verle y verla y echar un vistazo sobre su patrimonio. Añadía que si había trabajado tanto era sólo por adquirir honra y para que sus conciudadanos viesan bien que no había gastado su tiempo de mala manera; quería ir acompañado de cien jinetes, sus amigos y sus servidores, y le rogaba que diese la orden oportuna á fin de que la gente de Fermo le recibiese honorablemente, cosa que no sólo sería una honra para él, Oliveretto, sino también para Giovanni, que había educado á Oliveretto cuando niño. Giovanni no omitió ninguno de los buenos oficios para

los que había sido requerido; le hizo recibir honrosamente por las gentes de Fermo y le hospedó en su casa... Habiendo Oliveretto pasado algunos días en disponer todo lo que era necesario para su crimen, dispuso un festín muy solemne, al que convidó á Giovanni y á todos los primeros ciudadanos de Fermo. Hacia el final... habiendo llevado á intento la conversación sobre cosas graves, sobre la grandeza del papa Alejandro y su hijo, se levantó de pronto diciendo que para hablar de esas cosas se necesitaba estar en un sitio más secreto. Fué á un cuarto, al que le siguieron Giovanni y todos los demás. Apenas se hubieron sentado, cuando de lugares secretos de ese cuarto salieron unos soldados que mataron á Giovanni y á todos los demás. Después de este homicidio, Oliveretto montó á caballo, recorrió la ciudad, sitió al primer magistrado en el ayuntamiento, hizo tanto, que los habitantes, por temor, se vieron obligados á obedecerle y á establecer un gobierno del que él se hizo jefe. Mató á todos los que estaban descontentos y podían perjudicarle... y en un año se hizo formidable á todos los vecinos.»

Empresas de este género son frecuentes: la vida de César Borgia está llena de ellas, y la sumisión de la Romanía á la Santa Sede no es más que una serie de traiciones y de asesinatos. Tal es el verdadero estado feudal, en el cual cada hombre, entregado á sí mismo, ataca al prójimo ó se defiende á sí propio, y va hasta el fin de su ambición, de su maldad ó de su venganza, sin temor á la intervención del gobierno ni á la represión de la ley.

Pero lo que establece una enorme diferencia entre la Italia del siglo XV y la Europa de la Edad Media, es que los italianos eran entonces muy cultos. Hace poco habéis visto las múltiples pruebas

de esa cultura exquisita. Por un contraste extraordinario, en tanto que las maneras se han vuelto elegantes y los gustos delicados, los caracteres y los corazones se han mantenido feroces. Esas gentes son letradas, conocedoras, elocuentes, atentas, hombres de mundo, al mismo tiempo que hombres de armas, asesinos y criminales. Cometten acciones salvajes y razonan como gentes civilizadas; son unos lobos inteligentes. Ahora suponed que un lobo razone sobre su especie; es probable que hará el código del asesinato. Eso es lo que pasó en Italia; los filósofos erigieron en teoría las prácticas de que eran testigos y acabaron por creer ó decir que para subsistir ó tener acierto en este mundo hay que obrar como un criminal. El más profundo de esos teóricos fué Maquiavelo, un gran hombre, un hombre honrado, hasta patriota, un genio superior, que escribió un libro, *El príncipe*, para justificar, ó por lo menos autorizar la traición y el asesinato. O mejor dicho, ni autoriza ni justifica; ha ido más allá de la indignación y deja á un lado la conciencia; analiza y explica en sabio, en conocedor de los hombres; suministra documentos y los comenta, envía á los magistrados de Florencia unas Memorias instructivas y positivas, escritas en un estilo tranquilo, como la relación de una hermosa operación quirúrgica. Titula su información: «Descripción de la manera que empleó el duque de Valentinois para matar á Vitellizo Vitelli, Oliveretto de Fermo, el señor Pagolo y el duque Gravina Orsini.

»Magníficos señores: Puesto que vuestras señorías no han recibido todas mis cartas en las cuales se halla comprendida una gran parte del asunto de Sinigaglia, me ha parecido conveniente escribirla detalladamente, y creo que esto les será á ustedes

agradable, en razón á la calidad de la cosa, que es de todo punto extraña y memorable.»

El duque había sido vencido por sus señores y era débil contra ellos. Hizo la paz, les prometió mucho, les dió alguna cosa, prodigó todas las buenas palabras, se convirtió en su aliado, y por último se hizo proponer por ellos una conferencia para un asunto común. Ellos tenían temores y dudaron mucho tiempo. Pero sus protestas eran tan persuasivas, manejaba tan bien sus esperanzas y sus avideces, se hacía tan dulce y tan leal, que vinieron, es verdad que con tropas, y se dejaron llevar, bajo la apariencia de una hospitalidad elegante, á un palacio que el duque habitaba en Sinigaglia. Entran á caballo y el duque los saluda contésmente; pero «habiendo todos desmontado en la casa del duque y entrado con él en una cámara secreta, los hizo sus prisioneros.

»En seguida el duque montó á caballo y mandó saquear las gentes de Oliveretto y las de Orsini. Pero los soldados del duque, no contentos con haber robado á las gentes de Oliveretto, comenzaron á saquear Sinigaglia, y si el duque no hubiese reprimido su insolencia matando á muchos de ellos, la hubieran saqueado por entero.»

Los pequeños obraban como bandidos, como los grandes; era el reino universal de la fuerza.

Habiendo llegado la noche y habiéndose apaciguado el tumulto, le pareció á propósito al duque hacer matar á Vitellizo y á Oliveretto, y habiéndolos hecho conducir á un lugar, los hizo estrangular. Vitellizo rogaba para que se suplicase al Papa que le diese la absolución plenaria de sus pecados. Oliveretto lloraba, echando sobre Vitellizo toda la culpa de los daños hechos al duque. Pagolo y el duque de Gravina fueron dejados con vida,

hasta que el duque supo que el Papa se había apoderado del cardenal Orsini, del arzobispo de Florencia y del señor Jacobo de Santa Croce. Al tener esta noticia el 18 de Enero en el castillo de Pieve, fueron estrangulados de la misma manera.»

Esto no es más que una narración; pero en otra parte, Maquiavelo, no contento con exponer los hechos, saca sus consecuencias. Escribe un libro semiverdad y semimaginario, á ejemplo del Cirus de Jenofonte, la *Vida de Castruccio Castracani*, que presenta á los italianos como el modelo de un príncipe perfecto. Este Castruccio Castracani, exposito, se había hecho soberano de Luca y de Pisa doscientos años antes y había llegado á ser bastante poderoso para amenazar á Florencia. Había hecho «muchas acciones que, por su virtud y su fortuna, pueden ser muy grandes ejemplos», y «había dejado una feliz memoria de él, habiéndole sentido sus amigos más que se hizo nunca por ningún príncipe en ningún tiempo». He aquí una de las hermosas acciones de su héroe tan amado y digno de la admiración eterna: la familia de los Poggios, en Luca, se había sublevado contra él; Estéfano Poggio, «hombre de mucha edad y pacífico», contuvo á los amotinados y les prometió su intervención. «Depusieron entonces las armas tan imprudentemente como las habían tomado.» Castruccio volvió. «Estéfano, creyendo que Castruccio debía estarle obligado, fué á buscarle y no le pidió por cuenta suya, juzgando que no lo necesitaba, sino para los otros de su casa, rogándole que perdonase mucho á la juventud, mucho á la antigua amistad y á las obligaciones que él, Castruccio, debía á su casa. A lo que Castruccio respondió de buen grado y le dijo que tuviese buena esperanza, demostrando que tenía más alegría al encontrar el

tumulto contenido que resentimiento había sentido al haberlos sublevado. Animó á Estéfano para que los hiciera venir á todos, diciéndole que daba gracias á Dios de tener ocasión de mostrar su clemencia y su generosidad. Todos vinieron, pues, sobre la fe de Estéfano y de Castruccio, y fueron todos juntos con Estéfano hechos prisioneros y ejecutados.»

El otro héroe de Maquiavelo es ese César Borgia, el mayor asesino y el traidor más perfecto del siglo, hombre perfecto en su género, que consideró siempre la paz como los hurones y los iroqueses consideraban la guerra, es decir, como un estado en el que el disimulo, la ficción, la perfidia, la emboscada, son un derecho, un deber y una hazaña. Las practicaba con todo el mundo, hasta con su familia, hasta con sus fieles. Un día, queriendo hacer acallar los rumores de crueldad que corrían acerca de él, hizo prender á su gobernador de Rumania, Ramiro Dorco, que le había prestado grandes servicios y á quien debía la tranquilidad de todo el país. Y al día siguiente los ciudadanos vieron con satisfacción y con terror á Ramiro Dorco sobre la plaza pública, en dos pedazos, con un cuchillo sangriento al lado de él. El duque hizo decir que le había castigado por sus severidades excesivas, y se hizo una reputación de buen señor, protector del pueblo y justiciero. Así, Maquiavelo concluye de la manera siguiente:

«Cada uno sabe lo laudable que es para un príncipe el guardar su palabra y el vivir con integridad, no con astucia. Sin embargo, se ve por experiencia en nuestro tiempo que entre los príncipes aquellos que han hecho grandes cosas, han tenido poca cuenta de su fe y han sabido por astucia volver el seso de los hombres y por fin han

destruido á aquellos que se fundaban sobre su lealtad... Un señor prudente no puede ó no debe guardar su palabra cuando le es perjudicial y cuando los motivos que le hacian prometer han desaparecido. Además, jamás le han faltado á un príncipe razones legítimas para disfrazar su falta de palabra. Pero es necesario disfrazarlas bien y ser un gran engañador y disimulador. Y los hombres son tan sencillos y obedecen tan bien á la necesidad presente, que aquel que engaña encuentra siempre alguien que se deja engañar.»

Es claro que semejantes costumbres y semejantes máximas tienen grandes consecuencias sobre los caracteres. Primero esa falta absoluta de justicia y de policía, esta licencia de los atentados y de los asesinatos, esta obligación de vengarse sin piedad y de ser temido para subsistir, ese llamamiento incesante á la fuerza templa las almas; el hombre toma las costumbres de las resoluciones extremas y súbitas; está comprometido á saber matar ó á hacerse matar en el momento.

Además, como vive en un peligro continuo y extremo, está lleno de grandes ansiedades y de pasiones trágicas, no se entretiene en distinguir finamente los matices de sus sentimientos; no es curiosa y tranquilamente crítico. Las emociones que le llenan son grandes y sencillas. No está en juego un detalle de su consideración ó una parte de su fortuna; es toda su vida y la de los suyos. De lo más alto puede caer á lo más bajo, y como Ramiro, Poggio, Gravina, Oliveretto, despertarse bajo el cuchillo ó el lazo de un verdugo. La vida es tormentosa y la voluntad tensa. Las almas son más fuertes y tienen todo su juego.

Quisiera reunir todos estos rasgos y mostrarlos no ya una abstracción, sino un personaje obrando.

Hay uno del que tenemos Memorias escritas de su mano con un estilo muy sencillo, tanto más instructivo y que, mejor que un tratado, pondrán ante vuestros ojos las maneras de sentir, de pensar y de vivir de sus contemporáneos. Benvenuto Cellini puede ser considerado como un compendio en alto relieve de las pasiones violentas, de las vidas aventureras, de los genios espontáneos y poderosos, de las facultades ricas y peligrosas que han hecho el Renacimiento en Italia y que devastando la sociedad han producido las artes.

Lo que choca primero en él es la potencia del resorte interior, el carácter enérgico y valeroso, la iniciativa vigorosa, la costumbre de las resoluciones súbitas y de los partidos extremos, la gran capacidad de obrar y de sufrir; en resumen, la fuerza indomable del temperamento intacto. Tal era el soberbio animal, militante por entero y resistente por completo, que las rudas costumbres de la Edad Media habían nutrido, y que la duración de la paz y de la policía han ablandado entre nosotros. Benvenuto tenía diez y seis años, y su hermano Giovanni catorce. Un día, habiendo sido insultado Giovanni por otro joven, le desafió. Fueron á la puerta de la ciudad y se batieron á espada. Giovanni desarmó á su enemigo, le hirió y continuaba cuando llegaron las parientes del herido y la emprendieron á estocadas y á pedradas con él, de tal manera que el pobre niño fué herido y cayó. Llegó Cellini, cogió la espada y se arrojó sobre los agresores, evitando las piedras como podía y sin apartarse de su hermano un ápice; iba á hacerse matar cuando algunos soldados que pasaban, llenos de admiración por su valor, tomaron parte en la reyerta y le ayudaron á librarse. Entonces tomó á su hermano sobre sus hombros y le transportó á

la casa paterna. Encontraréis de él cien rasgos de energía semejantes. Por milagro no ha sido muerto veinte veces. Siempre tiene la espada, ó el arcabuz, ó el puñal en la mano, en las calles, en los caminos, contra enemigos personales, soldados desbandados, bandoleros, rivales de todas clases; él se defiende y lo más frecuentemente ataca. Lo más extraordinario de todos esos rasgos, es su evasión del castillo de Sant-Angelo, en donde le habían encerrado después de un asesinato. Bajó desde esa altura enorme por medio de cuerdas que había hecho con las sábanas de su cama, encontró un centinela á quien asustó su aire de resolución terrible, y que fingió no haberlo visto, franqueó por medio de una viga el segundo recinto, ató su última cuerda y se dejó escurrir. Pero esa cuerda era demasiado corta, se cayó y se rompió una pierna por debajo de la rodilla; entonces se vendó la pierna y se arrastró perdiendo sangre hasta la puerta de la ciudad: estaba cerrada; se escurrió por debajo, después de haber cavado la tierra con su puñal; unos perros le atacaron, destripó á uno, y habiendo encontrado á un mozo, se hizo llevar á casa de un embajador amigo suyo. Se creía en salvo y tenía la palabra del Papa; pero de pronto le volvieron á coger y le encerraron en un calabozo infecto, en donde no llegaba la luz más que dos horas al día. El verdugo vino, y movido á compasión, le perdonó aquel día. Desde entonces se contentaron con retenerle cautivo; el agua filtraba, la paja se pudría, sus heridas no se cerraban. Así pasó varios meses; la fuerza de su constitución resistió hasta el fin. Un cuerpo y un alma así contruídos parecen de pórfido y de granito, mientras que los nuestros son de tiza y de yeso.

Pero la riqueza de la Naturaleza es tan grande

en él como la fuerza de la estructura. Nada hay más flexible y más abundante que esas almas nuevas y sanas. Hallaba ejemplo en su familia. Su padre era arquitecto, buen dibujante, músico apasionado, tocaba la viola y cantaba sólo por afición; fabricaba órganos de madera excelentes, clavicordios, violas, laúdes, arpas; trabajaba bien en marfil, era muy hábil en la construcción de máquinás, tocaba la flauta entre los pífanos de señoría, sabía un poco de latín y hacía versos. Los hombres de ese tiempo son universales. Sin contar Leonardo de Vinci, Pico de la Mirándola, Lorenzo de Médicis, Leo Batista, Alberti y los genios superiores, se ve á gentes de negocios y negociantes monjes, artesanos, elevarse entonces por sus gustos y sus costumbres al nivel de las ocupaciones y de los placeres que parecen hoy patrimonio propio de los hombres más cultos y de las naturalezas más delicadas. Cellini era de éstos. Había llegado á ser excelente tocador de flauta y de cornetín á pesar suyo, teniendo horror á esos ejercicios y no aplicándose á ellos más que por complacer á su padre. Además de eso, y muy temprano, fué excelente dibujante, orfebre, niquelador, esmaltador, estatuero y fundidor. Al mismo tiempo se encontró con que era ingeniero, armero, constructor de máquinás, de fortificaciones, cargando, manejando y punzando las piezas mejor que los del oficio. En el sitio de Roma por el condestable de Borbón, hizo con sus bombardeos grandes destrozos en el ejército sitiador. Excelente tirador de arcabuz, con su propia mano mató al condestable; fabricaba él mismo sus armas y su pólvora, y alcanzaba con bala á un pájaro á doscientos pasos. Su genio era tan inventivo, que en todo arte y en toda industria descubría procedimientos particulares, de los que

guardaba el secreto, y que excitaban «la admiración de todo el mundo». Es la era de la gran invención; todo en ella es espontáneo, nada se hace rutinariamente, y los espíritus son tan fecundos que no pueden tocar á una cosa sin fecundarla.

Cuando la Naturaleza es tan fuerte, tan ricamente dotada, tan productora; cuando las facultades actúan con tanto impulso y tanto acierto, cuando la actividad es tan continua y tan grandiosa, el tono ordinario del alma es una superabundancia de alegría, una verbosidad y un júbilo potentes; por ejemplo, se ve á Cellini, después de aventuras trágicas y terribles, emprender un viaje; «durante todo el camino—decía él—no hice más que cantar y reír». Ese pronto recobramiento del alma es frecuente en Italia, sobre todo en esta edad en que las almas son aún sencillas. «Mi hermana Liberata—dice—, después de haber llorado un poco conmigo á su padre, su hermana, su marido y un niño pequeño que había perdido, pensó en preparar la cena. Durante toda la velada no se habló más de muerte, sino de mil cosas alegres y locas; así que nuestra comida fué de las más agradables.» Los golpes de mano, los asaltos de las tiendas, los peligros de asesinato y de envenenamiento, en medio de los cuales vive en Roma, están entremezclados á cada momento con cenas, mascaradas, invenciones cómicas, amores tan francos, tan crudos, tan exentos de toda dulzura y de todo secreto, que se parecen á las grandes desnudeces venecianas y florentinas de los cuadros contemporáneos. Los leeréis en el texto; son cosas demasiado desnudas para ser mostradas en público; pero no son más que desnudeces, la baja pornografía ó la obscenidad refinada no las estropea; el hombre va á la risa franca y al placer libre, como el agua corre

por su pendiente; la salud del alma y de los sentidos intactos y jóvenes, la fogosidad animal exuberante, estallan en su voluptuosidad como en sus obras y en su acción.

Una estructura moral y física semejante conduce naturalmente á la imaginación viva que os describía hace poco. El hombre así hecho no ve los objetos fragmentariamente y por medio de las palabras como nosotros lo hacemos, sino por conjuntos y por medio de imágenes. Sus ideas no están desarticuladas, clasificadas, fijadas en fórmulas abstractas como las nuestras; surgen enteras, coloreadas y vivientes. Nosotros razonamos y él «ve». Por esto es frecuentemente visionario. Esas cabezas tan llenas y pobladas de imágenes pintorescas están siempre en ebullición y en tempestad. Benvenuto tiene creencias de niño; es supersticioso como un hombre del pueblo. Un tal Pierino, que le vilipendiaba, así como á su familia, gritó en un momento de cólera: «Si lo que digo aquí no es verdad, que se me caiga la casa encima.» Efectivamente, algún tiempo después se hundió su casa y le rompió una pierna. Benvenuto no deja de considerar este acontecimiento como una obra de la Providencia, que ha querido castigar la mentira de Pierino. Cuenta muy seriamente que estando en Roma conoció á un mago que habiéndole llevado una noche al Coliseo, echó ciertos polvos sobre unos carbones y dijo unas palabras mágicas; en el momento todo el recinto apareció poblado de diablos. Ese día, evidentemente, tuvo una alucinación. En la cárcel su cabeza fermenta; si no sucumbe por sus heridas y por la infección del aire, es que se ha vuelto hacia Dios. Tiene largas conversaciones con su ángel de la guarda; desea volver á ver el sol, aunque sea en sueños ó efectivamente, y se

encuentra un día transportado enfrente de un sol magnífico, del que sale el Cristo y después la Virgen, que le hacen signos de misericordia, y ve el cielo con toda la corte de Dios. Esas son unas imaginaciones frecuentes en Italia. Después de una vida licenciosa y violenta, á menudo en lo más fuerte de sus vicios, el hombre se metamorfosea de pronto. «El duque de Ferrara, habiendo caído enfermo gravemente, con una enfermedad que le impidió orinar durante cuarenta y ocho horas, recurrió á Dios y quiso que se pagasen todas las deudas pendientes.» Hércules de Este, al salir de una orgía, iba á cantar el oficio con su tropa de músicos franceses; hacía saltar un ojo ó cortar la mano á doscientos ochenta prisioneros antes de venderlos, y el Jueves Santo iba á lavar los pies á los pobres. El papa Alejandro, igualmente, al saber el asesinato de su hijo, se golpeaba el pecho y confesaba sus crímenes delante de los cardenales reunidos. La imaginación, en vez de trabajar entonces del lado del placer, trabaja hacia el temor, y por mecanismo semejante, sus espíritus se impresionan con imágenes religiosas tan vivas como las imágenes sensuales que antes los asaltaban.

De esta fogsidad y de esta fiebre de la inteligencia, de este estremecimiento interior por el que las imágenes absorbentes y deslumbrantes sacuden toda el alma y toda la máquina corporal, nace un género de acción propia para los hombres de ese tiempo. Es la acción impetuosa, irresistible, que va derecho y súbitamente á lo que hay de más extremo, es decir, al combate, al asesinato y á la sangre. Hay cien ejemplos de estas tormentas y de estos rayos en la vida de Benvenuto. Se había peleado con dos orfebres rivales que comenzaron á desacreditarle.

«Pero como yo no sé de qué color es el miedo (1), me inquietaba poco por sus amenazas... Mientras que hablaba, uno de sus primos, llamado Gerardo Guasconti, y puede que á instigación de ellos, aprovechó el momento en que pasaba cerca de nosotros un asno cargado de ladrillos y le empujó encima de mí con tanta fuerza, que me hizo mucho daño. Me volví al instante, y viendo que se reía, le di un tan grande puñetazo en la sien, que perdió el conocimiento y cayó como muerto. «Así —grité á sus primos— es como se trata á los bribones cobardes de vuestra especie.» Después, como hacían ademán de quererse arrojar sobre mí, pues eran bastantes, la cólera me dominó, saqué un cuchillo pequeño y les dije: «Si uno de vosotros sale de la tienda, que otro salga corriendo á buscar un confesor, porque el médico no tendrá que hacer aquí nada.» Estas palabras les causaron tal espanto, que ninguno de ellos se atrevió á moverse para socorrer al primo.»

Acerca de esto, es llamado ante el tribunal de los Ocho, magistrados encargados de la justicia en Florencia, y es condenado á una multa de cuatro medidas de harina.

«Indignado, estremeciéndome de rabia, me convertí en un áspid y adopté un partido desesperado; aguardé que los Ocho se fuesen á comer; entonces, habiéndome quedado solo y viendo que ningún esbirro me observaba, salí del palacio y corrí á mi tienda, en donde me armé de un puñal. Después volé hasta la casa de mis adversarios. Los encontré comiendo. El joven Gerardo, causa primera de la refriega, se arrojó sobre mí. Le di en el pecho una puñalada, que atravesó de parte á parte su

(1) Traducción Lecclanché.

jubón, su cuello y su camisa, pero sin arañarle la piel y sin hacerle el menor daño. Por la facilidad con que mi arma penetró y por el ruido de los trajes rotos por el hierro, creía que había herido gravemente á mi enemigo, que de terror se cayó al suelo. «Traidores—grité—, este es el día en que os voy á matar á todos.» El padre, la madre y las hermanas, pensando que había sonado la hora del juicio final, se pusieron de rodillas implorando misericordia. Viendo que no se atrevían á defenderse y que Gerardo yacía en el suelo como un cadáver, juzgué vergonzoso tocarles, pero siempre furioso, salté escalera abajo. En la calle me encontré con el resto de la familia, que se componía de una docena de individuos por lo menos. El uno tenía una azada de hierro, el otro un tubo del mismo metal, éstos unos martillos ó unas bigornias, aquéllos unos palos. Me lancé en medio de ellos como un toro, y del choque tiré á cuatro ó cinco; les seguí en su caída, continuando dando puñaladas á derecha é izquierda.»

En él, siempre el gesto y el golpe siguen en seguida al pensamiento, como la explosión sigue á la chispa. El tumulto interior, demasiado fuerte, excluye la reflexión, el temor, el sentimiento de lo justo, toda esa intervención de cálculos y de razonamientos que en una cabeza civilizada ó en un temperamento flemático ponen un intervalo y como un blanco relleno entre la primera cólera y la resolución final. En una posada, el posadero, inquieto y sin duda con motivo para estarlo, quiso que le pagase antes de suministrarle las cosas necesarias. «No pude cerrar el ojo un solo instante—dice—; pasé la noche buscando una manera de vengarme. Pensé primero en prender fuego á la casa, después en degollar á los buenos caballos que el posadero ha-

bía puesto en su cuadra. Todo eso me parecía fácil de ejecutar, pero no veía que fuese tan sencillo el escaparnos yo y mi camarada.» Se contenta con destrozar y romper cuatro camas con un cuchillo. Otro día, cuando estaba en Florencia fundiendo su *Perseo*, le invadió la fiebre; el exceso de calor y la duración de las veladas, que había pasado vigilando la fundición, le habían cansado de tal manera, que creían que estaba en la agonía. Un criado llega y grita que la fundición no sale bien. «Pegué un grito tan terrible, que lo hubieran oído desde el séptimo cielo. Me tiré de la cama, tomé mi ropa y empecé á vestirme, distribuyendo una lluvia de puntapiés y de puñetazos á mis criadas, á mis servidores y á todos los que venían á ayudarme.» Otra vez que estaba malo, el médico había prohibido que se le diese de beber; la criada, por compasión, le dió agua. «Me contaron más tarde que al saber esto mi pobre Felice, por poco se cae de espaldas. En seguida cogió un bastón y se puso á zurrar fuertemente á la criada, gritándole: «¡Ah, traidora, le has matado!» Los criados eran tan pronto á los golpes como los amos, y no solamente á los bastonazos, sino á las estocadas. Cuando Benvenuto estaba preso en el castillo de Sant'Angelo, su discípulo, Ascanio, se encontró con un tal Miguel, que se burló de él y dijo que Benvenuto estaba ya sin duda muerto. «Está vivo—le respondió Ascanio—, pero tú vas á morir.» Y en el acto «le asestó dos sablazos en la cabeza. El primero le derribó á tierra; el segundo, al resbalar, le cortó tres dedos de la mano derecha». Hay una infinidad de rasgos semejantes. Benvenuto hiere ó mata á su discípulo Luigi, á la cortesana Pentesilea, á su enemigo Pompeyo, á posaderos, á señores, á bandoleros, en Francia, en Italia, en todas partes. Tomemos una

de esas historias, y consideremos con cuidado las más pequeñas circunstancias de la narración, que pintan los sentimientos.

Se sabe que acaban de matar á Betino Aldobrandi, discípulo de Benvenuto.

«Mi pobre hermano dió entonces un grito de rabia tan grande, que se le hubiera podido oír á diez millas de distancia. Después dijo á Giovanni: «¿Por lo menos sabrás decirme quién lo ha matado?» Giovanni contestó que sí, y que era uno de esos que iban armados de un montante, y que tenía una pluma azul en su birrete. Mi pobre hermano, adelantándose y reconociendo al matador por estas señas, se precipitó en medio de los de la ronda con prontitud é intrepidez maravillosas, y sin que se le pudiera detener, le dió una estocada en el vientre, le atravesó de parte á parte y lo derribó en tierra con el puño de su espada. En seguida atacó á los demás de la ronda, con tanta audacia, que él solo los hubiese puesto en fuga si un arcabucero, al tratar de defenderse descargando su arma, no le hubiese alcanzado al valiente y desgraciado joven por encima de una rodilla. Cayó al suelo y la ronda se retiró precipitadamente, temiendo que llegase otro campeón tan formidable.»

Se llevó al pobre muchacho á casa de Cellini: la operación que le hicieron no tuvo éxito; los cirujanos en esa época eran unos ignorantes, y muere á consecuencia de su herida. Por eso la rabia invade á Cellini, las ideas bullen en su cabeza.

«Mi única distracción era la de mirar con unos gemelos como se mira á una querida al arcabucero que había matado á mi hermano... Habiéndome dado cuenta de que el afán de verle tan á menudo me quitaba el sueño y el apetito y me llevaba por un mal camino, me dispuse á salir de ese tormento

sin tener en cuenta lo censurable que era semejante empresa.

»Me acerqué á él con maña llevando un gran puñal semejante á una cuchilla de caza. Esperaba cortarle la cabeza de un revés, pero se volvió tan precipitadamente, que mi arma no le alcanzó más que en el hombro izquierdo y le fracturó el hueso. Se levantó, dejó caer su espada y aturdido por el dolor echó á correr. Le perseguí, le alcacé á los cuatro pasos y levanté mi puñal encima de su cabeza, que inclinaba mucho, de suerte que mi arma se incrustó entre el hueso del cuello y la nuca, tan profundamente, que á pesar de todos mis esfuerzos no pude sacarla.»

Por esto se quejan de él al Papa, pero tiene la precaución de hacer algunas hermosas piezas de orfebrería antes de ir á palacio. «Cuando me presenté al Papa me lanzó una mirada amenazadora, que me hizo temblar; pero así que hubo visto mi trabajo, su cara comenzó á serenarse.»

Otra vez, después de otro asesinato, mucho menos disculpable, el Papa contesta á los amigos del hombre matado por Cellini: «Sabed que los hombres únicos en su arte como Cellini, no deben estar sometidos á las leyes, y él menos que ninguno, pues sé hasta qué punto tiene razón.» Eso os demuestra hasta qué punto estaba entonces arraigada en Italia la costumbre del asesinato. El soberano del Estado, el vicario de Dios, encuentra natural que se haga una justicia por sí mismo, y cubre al matador con su indiferencia ó con su indulgencia, con su parcialidad ó con su perdón.

De ese estado de las costumbres y de los espíritus nacen varias consecuencias para la pintura. Primero, los hombres de ese tiempo se ven obliga-

dos á interesarse en una cosa que ya no conocemos, porque ya no la vemos ó no prestamos atención á ella, á saber: el cuerpo, los músculos y las diferentes actitudes que presenta la persona humana en movimiento. Porque entonces un hombre, por elevado que sea, está obligado á ser un hombre de armas, á saber manejar la espada y el puñal para su defensa; por lo tanto, sin pensar en ello, imprime en su memoria todas las formas y todas las actitudes del cuerpo en acción ó combatiendo. El conde Baltasar de Castiglione, haciendo la descripción de la sociedad elegante, enumera los ejercicios en los que un hombre bien educado tiene que ser diestro. Vais á ver que los caballeros de ese tiempo tienen la educación, y por lo tanto las ideas, no solamente de un maestro de armas, sino aun de un torero, de un gimnasta, de un picador y de un paladín:

«Quiero que nuestro hombre de corte sea un perfecto jinete en todas las sillas, y como es un mérito particular en todos los italianos, que lleve bien el caballo en la mano, que maneje con preferencia los caballos difíciles, corra lanzas, juste, que sea en eso el mejor de los italianos.

En los torneos, en los pasos de armas, en las carreras de obstáculos, que sea uno de los buenos entre los mejores franceses... Para jugar á las picas, correr al toro, lanzar dardos y lanzas, que sea excelente entre los españoles... Conviene también que sepa saltar y correr. Otro ejercicio noble es el juego de pelota, y no juzgo de menos mérito el saber hacer volatines á caballo.» No son estos simples principios relegados á la conversación y á los libros; se practicaban, eran conformes á las costumbres de los más grandes personajes. Julián de Médicis, que fué asesinado por los Pazzi, es

alabado por su biógrafo, no sólo por su talento de poeta y su tacto de inteligente, sino también por su habilidad en manejar el caballo, en luchar y en arrojar la lanza. César Borgia, ese gran asesino y ese gran político, tenía las manos tan vigorosas como la inteligencia y la voluntad. Su retrato muestra á un elegante y su historia á un diplomático; pero su biografía íntima muestra también un matamoros como se ven en esa España de donde provenía su familia. «Tiene veintisiete años—dice un contemporáneo—, es muy hermoso de cuerpo y el Papa, su padre, le tiene mucho miedo. Ha matado seis toros bravos, combatiendo á caballo con la pica, y á uno de esos toros le ha abierto la cabeza de un solo golpe.»

Considerad unos hombres educados de ese modo, teniendo la experiencia y el gusto de todos los ejercicios corporales; están en todo preparados para comprender la representación del cuerpo, es decir, la pintura y la escultura; un torso quebrado, un muslo doblado, un brazo que se levanta, el relieve de un tendón, todos los gestos y todas las formas del cuerpo humano despiertan en ellos imágenes interiores y previas. Pueden interesarse en los miembros, y se encuentran con que son conocedores sin darse cuenta, por instinto.

Por otra parte, la falta de justicia y de policía, la vida militante, la presencia continua del peligro extremo, llenan el alma de pasiones enérgicas, sencillas y grandes. Está, pues, dispuesta para gustar en las actitudes y en las figuras la energía, la sencillez y la grandeza de ellas, pues el gusto tiene por origen la simpatía, y para que un objeto expresivo nos agrade, es preciso que su expresión esté de acuerdo con nuestro estado moral.

Por último, y por las mismas razones, la sensi-

bilidad es más viva, porque está contenida interiormente por la horrible presión de todas las amenazas que rodean la vida humana. Cuando más haya padecido, temido ó penado un hombre, más se alegra de tener expansión. Cuando más importunada por ansiedades violentas ó por meditaciones sombrías haya estado su alma, más placer experimentará ante la hermosura armoniosa y noble. Cuanto más se haya extendido ó sujetado para hacer un esfuerzo ó disimular, más goza cuando puede abrirse ó aflojarse. Una tranquila y floreciente Madona en su alcoba, un cuerpo valiente de muchacho encima de su aparador, ocupan sus ojos más deliciosamente al salir de su preocupación trágica y de sus fúnebres sueños. La conversación fácil, abandonada, múltiple, incesantemente renovada y varia, no está ahí para que se esparza; en el silencio en que se encierra, habla interiormente con los colores y las formas, y la seriedad ordinaria de su vida, la multitud de sus peligros, la dificultad de sus esparcimientos, no hacen más que avivar y afinar las impresiones que recibe de las artes.

Tratemos de reunir esos diferentes rasgos de carácter y consideremos de un lado á un hombre de nuestro tiempo, rico y bien educado, del otro á un gran señor del año 1500, ambos escogidos en la clase que buscáis los jueces. Nuestro contemporáneo se levanta á las ocho de la mañana, se endosa su bata, toma su chocolate, va á su biblioteca, remueve algunas carpetas de papeles si es hombre de negocios ú hojea algunos libros nuevos si es hombre de mundo; después de esto, con el espíritu sentado, sin inquietudes, habiendo dado algunas vueltas sobre un tapete blando y almorzado en un bonito cuarto calentado por caloríferos, se va á

pasear por el bulevar, fuma su cigarro, entra en el círculo para leer los periódicos, habla de literatura, cotizaciones de Bolsa, de política ó caminos de hierro. Cuando vuelve á su casa, aunque sea á pie y á la una de la madrugada, sabe muy bien que el bulevar está provisto de agentes y que no le ocurrirá ningún incidente. Tiene el alma tranquila y se acuesta pensando que mañana volverá á empezar. Esa es la vida hoy. Este hombre, ¿qué ha visto respecto al cuerpo? Ha estado en los baños fríos, ha contemplado el lodazal grotesco en el que borbotean todas las deformidades humanas; puede que si es curioso, haya mirado dos ó tres veces en su vida á los atletas de feria, y lo que ha visto más claramente en materia de desnudo son los *mallots* de la ópera. En materia de grandes pasiones, ¿á qué pruebas ha estado sometido? Puede que á piques de vanidad ó á inquietudes de dinero; ha hecho una mala especulación en la Bolsa, no ha obtenido la plaza que esperaba; sus amigos han dicho en el mundo que le falta talento; su mujer gasta demasiado; su hijo hace tonterías. Pero las grandes pasiones que ponen en juego su vida y la vida de los suyos, que pueden poner su cabeza sobre un tajo ó en un garrote, que pueden precipitarle en un calabozo, llevarle á la tortura y al suplicio, esas no las conoce. Está demasiado tranquilo, demasiado protegido, demasiado disperso en pequeñas sensaciones finas y agradables; salvo la probabilidad tan rara de un duelo, acompañado de ceremonias y amabilidades, ignora el estado interior de un hombre que va á matar ó á ser muerto. Considerad, por el contrario, uno de esos grandes señores de que os hablaba hace un momento, Oliveretto de Fermo, Alfonso de Este, César Borgia, Lorenzo de Médicis, sus gentil-

hombres, todos los que están á la cabeza de los negocios. Para un noble ó un caballero del Renacimiento, el primer cuidado es el de ponerse desnudo por la mañana, con su maestro de armas, un puñal en una mano, una espada en la otra; se le ve así representado en las estampas. ¿En qué ocupará su vida y cuál es su placer principal? Son las cabalgatas, las mascaradas, las entradas en las ciudades, las pompas mitológicas, los torneos, la recepción de soberanos, en las que figura á caballo, magníficamente vestido, ostentando sus encajes, su jubón de terciopelo, sus bordados de oro, orgulloso de su hermosa presencia y de la vigorosa actitud por la que, con sus compañeros, eleva la dignidad de su príncipe. Cuando sale durante el día, lo más frecuente es que lleve bajo su jubón una cota de mallas completa; es preciso que se ponga al abrigo de las puñaladas y de las estocadas que pueden alcanzarle en un rincón de una calle. Ni aun en su palacio está tranquilo; las rinconeras de piedra, las ventanas enrejadas con espesos barrotes, la solidez militar de toda la estructura, indican que una casa, como una coraza, debe defender á su amo contra los golpes armados. Un hombre semejante, cuando está bien encerrado en su casa y tiene ante sus ojos una hermosa figura de cortesana ó de Virgen, ó se encuentra delante de un Hércules ó de un Padre Eterno grandemente vestido ó vigorosamente musculado, es más capaz de comprender que un moderno su hermosura y su perfección corporal. Sentirá sin educación de taller, por una simpatía involuntaria, las desnudeces heroicas y las musculaturas terribles de Miguel Angel, la salud, la placidez, la mirada sencilla de una Madona de Rafael, la vitalidad osada y natural de un bronce de Do-

nattello, la actitud contorneada, extrañamente seductora, de una figura de Vinci, la soberbia voluptuosidad animal, el movimiento impetuoso, la fuerza y la alegría atlética de los personajes de Tintoretto y del Ticiano.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALONSO REYES"
1926. 1625 MONTERREY, MEXICO